

DÍAS DE FÚTBOL

LUIS ALEIXANDRE GIMÉNEZ



Primera edición: Agosto 2018

Textos

Luis Aleixandre Giménez

Corrección de los textos

Clara Eugenia Hilario Rubio

Imágenes y escudo del Villarreal CF

Cedidos por el Villarreal S.A.D.

Fotografía de portada

dd.mundina

Fotografía de la solapa

Claudia Aleixandre Bou

Edita

Unaria ediciones

www.unariaediciones.com

hola@unariaediciones.com

ISBN

978-84-948555-7-3

Dipósito legal

CS 767-2018

© De los textos: sus autores

© De las imágenes: sus autores

© De esta edición: Unaria ediciones

Todos los derechos reservados. Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de la propiedad intelectual. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (artículos 270 y siguientes del Código Penal).

A mis abuelos Vicente e Isabel
A mis yayos Luis y María

DÍAS DE FÚTBOL
LUIS ALEIXANDRE GIMÉNEZ

La gent de la nostra Vila,
de la Plana, del Millars,
porta al cor la seua estima
per l'equip més exemplar.
Els nostres colors són el blau i el groc
i els nostres amors pel Villarreal;
en el Madrigal sempre lluitarem,
tots agermanats sempre animarem...

Himno del Villarreal CF

(Antoni Pitarch/Alfredo Sanz)

NOVIEMBRE DEL 2017

Tras un saque de banda, el balón cae en los pies de Mario Gaspar que, desde fuera del área y entre una maraña de defensores, logra colocar el esférico junto al poste izquierdo de la portería de la UD Las Palmas. El griterío del público es ensordecedor y me abrazo con mi hija para celebrar el segundo gol de la tarde del Villarreal CF. Cuando el *speaker* termina de alentar a la afición para vitorear al defensa por su golazo, no puedo dejar de pensar en mi abuelo Pascual y en cómo le hubiera gustado estar hoy aquí viendo a su equipo del alma, sentado junto a su nieto Lorenzo y su biznieta Aina. Creo que no existe una amistad más franca que la de un abuelo con su nieto. Así lo he sentido a lo largo de toda mi vida y espero con entusiasmo que mi hija, una hermosa e irritable chiquilla a punto de entrar en la adolescencia, tenga su primer descendiente para ganar un nuevo amigo o amiga; su género me tiene sin cuidado.

Cada victoria de los amarillos desencadena, de forma irremediable, un viaje al pasado, hacia vivencias de mi infancia con mi abuelo como protagonista. Una evocación del ayer cargado de sentimientos dispares e intensos: afecto, ternura, tristeza y dolor arraigados en lo más profundo de mi corazón.

Los primeros recuerdos nítidos de la relación íntima con mi abuelo Pascual datan de cuando cumplí los once años.

TEMPORADA 1990-91

Se presentó en la fiesta de mi undécimo cumpleaños con dos regalos bajo el brazo: una caña de pescar de dos tramos, con su carrete de hilo, y un balón de fútbol reglamentario, nuevo y reluciente.

—Ya verás, Lorenzo, nos lo vamos a pasar de miedo.

La hermana de mi madre tenía dos hijas mayores que yo, pero era a mí a quien el abuelo prestaba su atención. Intuyo que la elección era a causa del machismo que se aceptaba con normalidad en la sociedad española de finales de los años setenta, y eso me incomoda aún hoy en día. Pesca y fútbol eran cosas de hombres, como el brandy Soberano que se anunciaba en televisión con una guapa chica tocando la guitarra, o el brandy Terry con la amazona rubia cabalgando sobre la arena de la playa, o el Ponche Caballero anunciado por las trillizas entusiastas del «ponchelo». Todas dirigidas a captar la

atención del público masculino, en aquella época en la que mi abuelo no había cumplido aún los cincuenta.

Aunque no me agrada el hecho de que su predilección por mí descuidara su relación con las primas, entiendo que el abuelo tenía entonces sesenta y ocho años y había sobrevivido a una guerra civil y a épocas de pobreza y hambruna, en donde el problema de la desigualdad entre hombres y mujeres, aunque existía, no se denunciaba; ni siquiera la gran mayoría de los hombres era consciente de ello. Pero eso es harina de otro costal.

Al domingo siguiente vino a recogerme a casa, de madrugada, con su flamante Renault 19 y, tras darme instrucciones sobre la conveniencia de abrigarme con chándal y calzar zapatillas de deporte, cargamos el coche con un par de bocadillos, las cañas de pescar y la pelota de fútbol. Enfilamos la estrecha y desnivelada carretera de Burriana hasta llegar a la playa del Arenal. Durante el trayecto mi abuelo Pascual no dejó de hablar. Como hacía siempre que estábamos juntos, no perdía la oportunidad de contarme cosas que le habían ocurrido o que, simplemente, se le pasaban por la cabeza. Otra peculiaridad que caracterizaba a mi abuelo eran sus sentencias y sus consejos. Yo escuchaba siempre con atención porque, cuando menos te lo esperabas, te soltaba una de ellas. Además, la manera que tenía de hablar hacía que sus palabras, al instante, se convirtieran en imágenes en mi cabeza. No perdía detalle de cuanto me enseñaba y, por fortuna, tenía la suficiente memoria como para recordar los nombres de personas y lugares protagonistas de sus charlas.

La mañana era fresca y los rayos del sol se reflejaban sobre el mar en calma. Una vez instalados en la orilla, me enseñó a montar la caña, a pasar el hilo de pesca, a sujetar el plomo y

a enlazar el sedal. Lo más difícil de esa mañana fue toquetear los gusanos y ensartarlos en el anzuelo. Recuerdo la desagradable experiencia de introducir mis dedos entre el serrín de la cajita de beta para atrapar uno y tirar de él hasta partirlo por la mitad. ¡Qué asco! Después aprendí a desbloquear el carrete y a sujetar el hilo con el dedo índice para ensayar lanzamientos hasta que conseguí expulsar el plomo, en línea recta, a decenas de metros de la orilla.

—Ya está. Ya sabes lo suficiente para convertirte en un buen pescador. Ahora lávate las manos con el agua del mar y vamos a zamparnos los bocadillos.

Entre bocado y bocado me explicó los tipos de peces que había conseguido pescar en esa playa: doradas, sargos, lisas y mabras. Incluso, en una ocasión y tras una dura batalla, consiguió sacar del mar una tintorera de casi un metro de longitud.

Mi abuelo era un hombre enjuto, de tez morena y curtida por los años expuesto al sol en las largas campañas de recolección de naranjas. En mis recuerdos de aquellos años vestía siempre con pantalones afelpados que no le llegaban a los tobillos y una americana de pana marrón que abrochaba sobre un jersey negro de cuello alto. Una boina de color azabache cubría las abundantes canas de su cabeza. Tenía un carácter serio y hosco, pero en mi presencia se suavizaban sus gestos. Lo que menos me gustaba de él eran sus dedos amarillentos, tintados por la nicotina de los caliqueños que no dejaba de encender a todas horas.

Cuando nos aburrimos de mirar las puntas de las cañas, me propuso darle algunas patadas a la pelota, así que hicimos dos montones de cantos rodados a modo de portería y me dijo:

—Tú serás Verdés, el portero, y yo Honorio, el mejor artillero de tercera división.

Y así fue como aprendí los primeros nombres de jugadores del Villarreal CF.

Esa mañana, entre puntapiés al balón y risas sobre la arena, picaron dos mabras. En ambos casos mi abuelo puso las cañas en mis manos y dejó que fuese yo quien recuperara el sedal y las sacara fuera del agua. ¡Fue emocionante! Una inolvidable mañana de febrero soleada y divertida.

El domingo siguiente no fuimos a pescar. Me llevó por primera vez a ver un partido de fútbol. A las cuatro de la tarde pasó por casa a recogerme y, tras darle varias vueltas a mi cuello con una bufanda amarilla con los extremos azules, nos fuimos andando hacia el campo de fútbol. Desde el Camino de la Estación hasta las inmediaciones del estadio, me contó que el año en que nació, allá por mil novecientos veintitrés, fue el de la inauguración del campo de fútbol de El Madrigal. «Coincidencias de la vida», dijo orgulloso.

El partido del Villarreal CF contra el Vinaroz CF nos esperaba. Al acceder a la zona de preferencia a través de una rampa, nos encontramos con un largo banco de piedra a lo largo de toda la banda. Nos sentamos en él justo delante de la línea de separación de los campos. Con el tiempo se convirtió en nuestro lugar habitual desde el que seguir las venturas y desventuras del equipo amarillo.

—Hay que estar muy cerca del juego, Lorenzo. Si no hueles la hierba no disfrutas del partido. Además, desde aquí se puede ver quién suda la camiseta y quién no.

Recuerdo que ganamos mi primer partido como seguidor del Villarreal CF por tres a uno, como para no recordarlo, pero lo que más me impactó fue la actitud de mi abuelo con

el árbitro y con algunos jugadores del equipo contrario, a los que no dejaba de abuchear. Camino de vuelta a casa, me explicó:

—A nuestro equipo hay que animarlo siempre; gane o pierda. Al árbitro hay que presionarlo para que, cuando se equivoque, lo haga a nuestro favor. Y a los jugadores del equipo contrario hay que intimidarlos para conseguir que no se sientan cómodos en ningún momento.

Me sorprendieron aquellas palabras y tardé un tiempo en asimilarlas.

Durante la temporada se fueron alternando las salidas semanales a pescar con las tardes balompédicas de tercera división. El bueno de Pascual intentó por todos los medios explicarme el funcionamiento de la liga en esa categoría, los grupos que había y cómo se orquestaban las liguillas de ascenso. Yo no lograba comprender todo aquel galimatías de números, posiciones y cruces de los numerosos grupos que había dentro de la tercera división. Sea como fuere, el Villarreal CF logró el ascenso a segunda B y el abuelo, más contento que unas pascuas, me llevó a las celebraciones del equipo y a merendar al bar Els Lluïsos. Empezaba a adorar a ese grupo de jugadores que, en mi fantasía juvenil, equiparaba con bravos guerreros que se batían en cuerpo y alma contra el enemigo.

TEMPORADA 1991-92

Un proyectil pasó rozando mi oreja derecha. ¡Casi me da! Me agaché justo a tiempo. Recogí cuantos ripios tenía a mi alcance y los lancé contra los chavales que nos estaban atacando. En el parque de la Glorieta, junto a la acequia Mayor, que vertebra el pueblo de Villarreal, tuvo lugar mi primera herida de guerra. No recuerdo el motivo por el que empezó el conflicto, pero las piedras comenzaron a surcar el cielo de una parte a otra del jardín. Yo me encontraba oculto tras un seto cuando escuché un alarido de dolor. Una voz gritó:

—¡Alto el fuego! ¡Le habéis dado a Juancho! ¡Alto el fuego!

La petición, a modo de rendición, vino de mi bando. Al bueno de Juancho apenas se lo reconocía bajo la capa de sangre que cubría su rostro. Le habían abierto la cabeza de una pedrada. La banda rival cesó en su ataque y salieron de sus parapetos acercándose hasta nosotros con las manos cargadas de pedruscos. Mis aliados en la batalla salieron corriendo

llevándose al herido consigo, pero yo cometí el error de quedarme estático intentando asimilar lo que estaba ocurriendo a mi alrededor.

—¡Ríndete, desgraciado! —me exigió un chaval que medía un palmo más que yo.

Me rendí de inmediato. Tiré las piedras que aún sujetaba con fuerza en mis manos y las levanté en señal de claudicación.

—¡Así no, idiota! Has de ponerte de rodillas y pedir clemencia.

No sirvió de nada decirles que no quería hacerlo, así que me rodearon y el grandote aquel me abofeteó sin contemplaciones. No me percaté de que uno de ellos se había puesto a cuatro patas tras de mí y un fuerte empujón por parte del bravucón, dio con mi cuerpo contra la tierra del parque. Caí en mala postura y un trallazo de dolor en el hombro me hizo gritar y llorar. Lágrimas de humillación, impotencia e injusticia. La panda pareció darse por satisfecha con mi sufrimiento y se alejaron riéndose. Habían vencido.

Con la mano sobre el hombro dolorido, me dirigí, renqueante, por la plaza del Ángel hacia el bar de Els XIII, donde mi abuelo solía tomar el carajillo a la hora de la merienda. Cuando me vio entrar con la ropa llena de tierra y la expresión de dolor instalada en mi rostro, vino hacia mí. En cuanto le conté lo sucedido, pagó su consumición y salimos del local.

—Ven, te llevaré a un sitio donde se te pasarán todas las penas —dijo mientras enjugaba mis lágrimas con su pañuelo de bolsillo.

De camino a la pastelería Giménez me habló de la estupidez humana y del empeño de nuestra raza en enfrentarse a sus semejantes por cuestiones muchas veces irrelevantes y

otras como la ambición, el odio o el poder, mucho más complejas.

—Ya lo aprenderás de mayor, pero ve sacando conclusiones de lo que te acaba de suceder: no pelees con nadie ni por nada a no ser que esté en peligro tu integridad física, tu familia o tu honor. Recuérdalo siempre y la vida te brindará más oportunidades.

Al llegar al número diez de la calle Tárrega, actual Pedro III, entramos en una pastelería y ni siquiera el agradable olor a *panquemaos* que brotaba desde detrás del mostrador, pudo mitigar el creciente dolor de mi hombro. Tras comprar una *Pilota de Frare* para mí y un *Pasqualet* para él, salimos a la calle.

—Vamos a zamparnos esto sentados en la glorieta y, si encontramos allí a esos bravucones que te han zurrado, los cogeré por las orejas y les diré cuatro cosas.

Yo no quería verlos de nuevo, pero la presencia de mi abuelo, aun con sesenta y nueve años de edad, me tranquilizaba y me proporcionaba seguridad.

Allí sentados junto a las columnas de ladrillo, me explicó que la pastelería de la que veníamos estaba situada, hasta el año setenta y cinco, en la calle Mayor San Jaime, en la actual Casa de los Mundina, donde compartía edificio con el fotógrafo Serra, la sede de la Falange y la OJE. Su nombre entonces era Pastelería Fenollosa y era la mejor de la provincia.

—Mira, este es el secreto del *Pasqualet* —dijo desenrollando el pastel que tanto le gustaba—. Una plancha de bizcocho untada con otras dos capas: una de cabello de ángel y otra de merengue. Luego se enrollan y se espolvorean con el mismo bizcocho rallado, pero el gran secreto, lo que lo diferencia de otros, es el cabello de ángel.

Entre mordiscos y explicaciones pasteleras pasamos un buen rato y el dolor de mi hombro se acrecentaba, apenas podía mover el brazo. Mi abuelo pareció entender que la lesión era algo serio así que decidió acompañarme hasta la casa de un amigo suyo para que me echara un vistazo. Me dijo que era masajista y que me dejaría como nuevo.

Cruzamos el pueblo, enfilamos la calle Penitencia y, al leer el nombre de la vía en la placa de la esquina, pensé que no había pecado lo suficiente como para sufrir con tanto dolor. No me gustaba que ese amigo suyo viviera en una calle con aquel nombre; estaba asustado. El abuelo llamó al timbre de una casa y la puerta se abrió tras un sonoro chasquido. Una voz sobrecogedora, que parecía salir de las profundidades de la vivienda, nos pidió que pasáramos al cuarto del fondo. Eso aún me asustó más. Recuerdo que, en ese momento, mis piernas comenzaron a temblar y las punzadas en mi hombro se acrecentaron, seguramente por la angustia de lo desconocido porque intuía que algo muy doloroso iba a ocurrir. Tras dejar atrás una pequeña sala de espera que se encontraba vacía, nos adentramos por un breve pasillo que daba acceso a un cuarto en penumbra. Pasado un rato, se presentó ante nosotros un tipo grande, enorme, con un grueso mostacho bajo la nariz y con unas manos tan gigantescas que podían aferrar, cada una de ellas, una pelota de fútbol con facilidad. Después de saludar a mi abuelo y enterarse del motivo de nuestra visita, me pidió que me quitara la ropa de cintura para arriba y que me recostara sobre la camilla que ocupaba el centro de la habitación. Situó una lámpara que emitía luz roja y calor sobre la zona del golpe y me dejaron allí un buen rato mientras ellos charlaban de fútbol. Diez minutos después llegó el diagnóstico:

—Tienes un esguince en el hombro —sentenció poniendo sus recios dedos sobre la parte afectada.

Tras unas certeras presiones sobre los músculos pude escuchar un ligero clic. Procedió a untarme una crema antiinflamatoria y dijo que me vistiera, que ya estaba listo. Por último, me aconsejó que me frotara con ella la zona dolorida todos los días durante una semana.

Una vez en la calle el dolor había remitido casi por completo. No había sido para tanto, así que, con un poco más de ánimo, le pregunté al abuelo si ese señor hacía magia y me contestó que hacía algo parecido, que tenía un don especial para sanar a las personas de algunas de sus dolencias. Me contó que varios de sus amigos no creían en esa manera de curar, pero que otros muchos sí. De hecho, aseguró con satisfacción que algunos de los futbolistas del Villarreal CF acudían a su consulta cuando se lesionaban, porque sus periodos de convalecencia se reducían a la mitad en comparación con cuando se ponían en manos de médicos «con muchos títulos, pero con poco acierto».

—Todos lo conocen como el *Boixo*. Ya verás como en un par de días estarás mucho mejor. Por cierto, el domingo que viene jugamos un partido muy importante para el ascenso a segunda A frente a la Real Balompédica Linense, así que tienes una semana de plazo para recuperarte.

El encuentro fue un sufrimiento continuo desde el primer minuto. El estadio estaba a reventar y solo el pitido final nos permitió seguir con la esperanza del ascenso. Ganamos el partido uno a cero, con tanto del máximo goleador del grupo III: Adriano.

Ese año ya tenía las ideas muy claras sobre cómo funcionaban los cuatro grupos de la segunda división B de la liga española. De vuelta a casa le detallé al abuelo lo que tenía que ocurrir para que, en el próximo encuentro, el Villarreal CF lograra el tan deseado ascenso: derrotar a la RB Linense en su estadio de Cádiz y esperar que el Girona FC no ganara en Salamanca, porque era el único equipo que dependía de sí mismo.

—Yo no lo habría explicado mejor, Lorenzo. No andas equivocado, pero no es tarea fácil. Aunque, cuando sientes los colores como nosotros los sentimos, nada es imposible.

Recuerdo perfectamente ese veintiocho de junio. Llegué acalorado a casa de mi abuelo, con la bufanda en la mano. En cuanto me vio entrar, una sonrisa iluminó su semblante. Levantó las persianas para que la luz inundase todos los recodos del comedor y vi el aparato de radio colocado en el centro de la mesa, como un objeto al que había que adorar. Y así fue durante las dos horas que duró la emocionante tarde de fútbol. El abuelo sintonizó la COPE y, a través del receptor, Julio Insa, que se encontraba en el estadio de la Línea, repasó las alineaciones. Los dos partidos comenzaron al mismo tiempo y el desasosiego no tardó en llegar cuando el Girona FC marcó en la primera parte en el estadio del Salamanca.

—No pasa nada Lorenzo, queda mucho partido —el abuelo estaba más nervioso que de costumbre, porque se mantuvo callado durante el resto de la primera parte.

Durante el descanso el abuelo iba alternando la cadena COPE, con Raúl Puchol que transmitía desde la emisora, y Radio Villarreal con los comentarios de Pepe Chiva; todo para evitar los cortes publicitarios y recabar más puntos de

vista especializados en lo que acontecía en los dos partidos. Pascual no dejó de pasear inquieto de un lado a otro de la casa mientras yo lo observaba entre preocupado y divertido. Con el inicio de la segunda parte la situación mejoró considerablemente con el gol de Pedro Alcáñiz para el Villarreal CF.

—¡Gooooool Lorenzo! ¡Gooooool! —se desgañitó el abuelo mientras me abrazaba con fuerza—. Ahora solo falta que marque la UD Salamanca y empate su partido. ¡Por favor, San Pascual, haz que pierda el Girona!

El santo patrón atendió a las súplicas de mi abuelo y del resto de villarrealenses. La UD Salamanca empató su partido y el Villarreal CF amplió su marcador con otro tanto de Antonio Reyes y, aunque la RB Linense marcó al final del encuentro, la suerte estaba echada. El partido acabó con victoria amarilla, pero tuvimos que mordernos las uñas esperando a que el partido del estadio Helmántico finalizara sin más goles.

—¡¡¡Finaaaaal en Salamaaaaaaaancaaaa!!! —la frase de Julio Insa queda en el recuerdo como inicio de los festejos por el ascenso a segunda división A de la liga española.

Nos abrazamos y cantamos durante largos minutos en el centro del comedor. Fue una de las mejores tardes con mi abuelo. Salimos a la calle a celebrarlo y pronto nos encontramos inmersos en una marea de gente extasiada que se agolpaba en la plaza Mayor de la villa. Las bocinas de los coches, los cánticos, el ondear de las banderas, era la ilusión de todo un pueblo al conseguir volver a segunda división tras un largo periodo de veintidós años. El ascenso era magnífico, pero en mi pequeño universo no había mayor satisfacción que ver a mi abuelo tan feliz. Fue una vivencia inolvidable.